

tierra: estás infinitamente más elevado que todos los dioses» (1).

Las jerarquías celestiales rinden en seguida sus coronas al pie del trono del Hombre Dios, que se ha sentado á la diestra de su Padre: preséntanle su amor los serafines, los querubines su verdad, los tronos la justicia; las dominaciones inclinan su grandeza delante del Señor; los principados preséntanle su cetro; las potestades, sus bendiciones de gracia y de salud; su fuerza las virtudes; los arcángeles, el resplandor de su hermosura, y, en fin, los ángeles, la piedad que tienen con los hombres.

Mas ¿qué puede ser tanta grandeza y tan brillante gloria, comparada con la gloria y la grandeza que Jesús recibe de su Padre, que le dice: «Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso ¡oh Dios! el Dios y Padre tuyo te ungió con óleo de júbilo, mucho más que á tus compañeros. Tú eres..... ¡oh Señor! el que al principio fundaste la tierra, y obra de tus manos son los cielos. Ellos perecerán; mas Tú permanecerás siempre el mismo; y todos como un vestido envejecerán; y como un manto los mudarás y quedarán mudados; pero Tú siempre el mismo, y tus años nunca se acabarán?» (2).

La Madre Santa también, allá en el Olivete, cantaba la gloria de Jesús, que acababa de elevarse sobre todos los cielos: «Yo te ensalzaré, ¡oh Dios y Rey mío! y bendeciré tu santo nombre,

(1) Ps. xcvi, 9.

(2) Heb. I, 9, 12.

desde ahora y por los siglos de los siglos» (1). Y el Príncipe de los apóstoles decía también: «Venid, regocijémonos en el Señor: cantemos con júbilo las alabanzas del Dios Salvador nuestro. Corramos á presentarnos ante su acatamiento. dándole gracias y entonando himnos á su gloria» (2). Y la multitud de los discípulos respondía: «Grandes son las obras del Señor, proporcionadas á sus grandes fines. Gloria es y magnificencia cada obra suya; y su justicia permanece firme por los siglos de los siglos. El Señor es el que reina: regocijese la tierra; muestre su júbilo la multitud de islas» (3).

La tierra, pues, y el cielo, los ángeles y los hombres, y, si lícito es decirlo, Dios y sus criaturas, se unen en el mismo sentimiento: Bendición, y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, honra, y poder, y fortaleza, al que se ha sentado á la diestra del Eterno por los siglos de los siglos. Mas ¿cómo la tierra puede llenarse de contento cuando es abandonada de Jesús? ¿Cómo pueden salir de los labios de María estas expresiones: «Huye, Amado mío, y aseméjate á la corza y al cervatillo; huye á los montes de los aromas?» (4). ¿Cómo, hermosa Niña, puedes decir á Jesucristo que huya y se aparte de Ti? ¿Dónde está aquel deseo tan grande y encendido, porque el Esposo viniese á visitarte? «Venga mi Amado á su huerto, bésemle

(1) Ps. cxliv, 1. Cartagena. cit.

(2) Ps. xciv, 1, 2.

(3) Ps. cx, 2, 3. - xcvi, 1.

(4) Cant., viii, 14.

con el beso de su boca.» ¿Dónde aquel cuidado activo y diligente, que os hacía levantar en la obscura noche, para buscarle por las calles y las plazas, sin temer que las patrullas que rondaban la ciudad os hiriesen, y que los centinelas de los muros os quitaran el manto que os cubría? ¿Por ventura habéis cambiado de tal manera, que ruegas á tu Esposo, diciéndole: «Huye, Amado mío?» No hay cambio en el amor que tiene á su Hijo nuestra Niña, ni su ternura, tan dulce y acendrada, disminuye un solo punto, que antes bien aumenta sin medida cada instante. Cuando Ella pedía que su Amado viniese á visitarla y la besara con el beso de su boca, eran sus vivísimos deseos la Encarnación del Verbo del Señor; mas una vez que se cumplió misterio tan divino y adorable, y que su alma inmaculada rebotó en las delicias de la Encarnación, María desea gozar también, con abrasadas ansias, las ternuras y consuelos del Espíritu de Dios. Había dicho Jesucristo: «Si Yo no me voy, no vendrá el Consolador; pero si me voy, Yo os lo enviaré.» Y también: «No os dejaré huérfanos: Yo volveré á vosotros. No se turbé vuestro corazón, ni se acobarde.....; me voy y vuelvo á vosotros (1). Si me amaseis, os alegraríais, sin duda, de que me voy al Padre. «María, pues, inundada en el más puro regocijo, y en medio de las llamas del más ardiente y acendrado amor, pide á Jesús que se retire al cielo. ¡Ah! Para alcanzar el Espíritu consolador, el riquísimo don del Padre celestial, ¿no deberemos sacrificar lo más

(1) Joann., XVI, 7; -XIV, 18, 27, 28.

querido que tenga el corazón? Y añadid que Jesús nos dice que también vendrá á estarse con nosotros. Que suba, pues, al Padre, Jesucristo, y nos mande al Divino Espíritu que tiene prometido: las riquezas de este Espíritu son de precio inestimable; sus dones celestiales nos llenan de ventura; queda el alma purísima y hermosa, y resplandeciente de divina claridad.

Aquí se nos presenta una objeción, cuya respuesta nos descubrirá un misterio de inefable y grandísima ternura por parte de María para nosotros. Bien está que el hombre miserable consienta en la ausencia de Jesús, pues que tanto necesita los consuelos y asistencia del Espíritu de Dios, que es quien llena de riquezas á los pobres, é ilumina con los rayos de su luz á los ciegos de este mundo; el huésped soberano que purifica el alma con su gracia, que da descanso en el trabajo, fresca sombra en el calor del día, y consuelo en el amargo llanto. Él es también el que lava nuestras manchas, refrigera el corazón, y sana sus dolencias. Tales miserias, que destruye la presencia del Espíritu Divino, jamás las tuvo el corazón de nuestra Niña: ¿no es Ella la inmaculada y santa, la llena de gracia y hermosura desde el primer instante de su sér? «Muchas son las hijas que han allegado riquezas, la dice el celestial Esposo, mas Tú á todas las has aventajado» (1). ¿Quién puede numerar las gracias que adornan y embellecen desde su creación el alma de María? Parecen agotados los tesoros del Señor, desde que ha salido

(1) Prov., XXXI, 29.

de sus manos esta incomparable y celestial criatura, que estuvo siempre en Dios, y á quien Dios amó con ardiente y soberano amor. Si, pues, la Santa Virgen tenía la plenitud de la divina gracia, si el Espíritu Santo había descendido con todos sus dones celestiales, y permanecía eternamente en su immaculado corazón (1), no tenía necesidad de que su Hijo muy querido se aparte de Ella, para que el Espíritu Santo la llene de su gracia, pues que llena está desde que existe, y desde entonces asimismo, los hombres recibiendo están de su plenitud todas las gracias: el enfermo la salud, el triste el consuelo, el cautivo la redención, el pecador el perdón, el justo la gracia: y levantando hasta el cielo los raudales de sus aguas, cumple la palabra de David: «Alzaron los ríos sus ondas (2); y entonces el ángel canta lleno de alegría, y es adorado el Dios tres veces santo» (3). ¿Por qué, pues, María exclama: «Huye, Amado mío, huye á los montes»? María es nuestra Madre: todo está explicado: una madre no busca el consuelo para sí; su gran pensamiento y todos sus afanes, dirigense á sus hijos; el bien de éstos es el propio suyo, y los males que padecen, padécenlos también la madre con sus hijos. ¿Quién no recuerda las bellísimas palabras y la conducta de la Cananea: «Señor, Hijo de David, ten lástima de mí: está mi hija cruelmente atormentada del demonio»? ¿Qué no hará una madre semejante para

(1) D. Athanas., homil. de Deip.

(2) Ps. XCII, 3.

(3) D. Bern. Serm. de duod. stell.

conseguir la salud de su hija? Que Jesús no la responda una palabra, no hay cuidado; que rueguen los apóstoles por ella, y escuchen estas palabras. que por cierto no consuelan á la madre infortunada: «Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.» Y no hay cuidado todavía, si después que esa madre, adorando á Jesús, y diciéndole: «Señor, socórreme», tenga por respuesta: «No es justo tomar el pan de los hijos, y darlo á los perros.» Ella insistirá en sus ruegos, y sabrá sacar ventajas de la humillante negativa del Señor. «Los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Estas palabras lo consiguen todo. «¡Oh mujer, grande es tu fe: hágase conforme lo deseas!» (1). No hay, pues, ningún cuidado; y ¿por qué? Los ruegos de una madre no pueden desecharse, pues los anima un amor activo, industrioso; en sola una palabra lo decimos todo: omnipotente, pues tiene á su servicio la oración, que todo lo consigue. Considerando el carácter de la Cananea, no tenemos que admirar, si puede así decirse, ni su invencible y extremado amor, ni los triunfos que sus ruegos alcanzaron: era madre de una hija que estaba atormentada del demonio, y sabía también orar. Pasemos lo dicho á nuestra querida Madre, y tendremos la razón por qué se priva con gusto de la vista de Jesús, á quien ruega que huya á los montes de los aromas: llena de todas las gracias del Señor, necesita para sus pobres hijos que el Espíritu Santo los venga á enriquecer, y mien-

(1) Matth., xv, 22, 28.

tras esto no suceda, mejor que la Cananea dará voces á Jesús, diciéndole: «Señor, Hijo de mi seno, ten lástima de Mí: mis hijos necesitan la visita del Espíritu Divino, sube á la diestra de tu Padre, y mándalo sobre ellos.»

Admiremos, pues, el generoso y tierno amor de nuestra Niña: en la pasión de Jesucristo, María consintió en la muerte de su Hijo; pero ya Jesús nos redimió con su preciosa sangre, y salió del sepulcro para nuestra justificación (1); ahora el amor la exige un doloroso y muy grande sacrificio: la ausencia de Jesús; pero no como aquella que tuvo que sufrir cuando el Niño quedó en Jerusalén, ni semejante á la que acaba de pasar en la muerte del Señor; tales ausencias cubrían con velo transparente el corazón y el rostro de la Madre, triste velo que en tres días quedó rasgado: hoy la ausencia de Jesús será más larga; años y más años pasarán, y el Niño no descenderá con su Madre á Nazaret, ni la dirá: «He resucitado y estoy contigo.» Y aquella Madre que en otro tiempo buscó á Jesús con tantas lágrimas y tan gran dolor, y que después sufrió la más amarga y triste soledad, ¿consentirá que su Hijo se retire y dure ausente por tan largos años? Y no sólo esto: ¿podrá Ella misma pedirle que huya á los montes de los aromas, quedando alegre y llena de consuelo cuando el Señor esté sentado á la diestra del Eterno? Si así lo hace la tierna y amorosa Madre, es porque existe allá en su corazón un cariño inmenso hacia los hombres; un amor cuyas ardien-

(1) Rom., IV, 25.

tes y crecidas llamas la devoran. Y María dijo á Jesucristo: «Huye, Amado mío, huye á los montes de los aromas.....» ¿Con qué te pagaremos, querida Niña, tan tierno y generoso amor? ¡Ah! Que si amarte alguna vez pudiéramos con todo el cariño de los serafines, no pagaríamos el amor incomparable que nos tienes: por esto quisiéramos amarte con el mismo corazón de Jesucristo; y entretanto, Niña encantadora y celestial, tus hijos, pobres, miserables, pecadores, te consagramos todo nuestro amor; tuyos son los más puros afectos del alma; y cuanto somos te pertenecemos, Madre amada, sin reserva.

Volvieron los discípulos, dícenos San Lucas, á Jerusalén, desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén el espacio de camino que puede andarse en sábado. Habiendo entrado en la ciudad, subiéronse á una mansión alta (1). Hé aquí, pues, concluído el gran misterio de la Ascensión de Jesucristo, tan glorioso para Su Majestad, y admirable sobre manera á nuestros ojos; misterio al que, como á su término, se dirígian los demás de la vida y la muerte del Divino Redentor, y que entre todos ellos resplandece con hermosa y admirable luz. En efecto, si contemplamos la Encarnación de Jesucristo, ésta es para nosotros una pascua magnífica y fiesta muy solemne; mas no para Él, que se halla encerrado en el seno virginal de la Sagrada Madre. Así es también su santo nacimiento, lleno de alegría para nosotros, pero en el que se oyen los vagidos del

(1) Act., I, 12.

Niño que ha nacido en la pobreza y en la más profunda y asombrosa humillación. De la misma suerte; los tormentos de la cruz, ese gran misterio que hace nuestra eterna dicha, envuelve el corazón de los cristianos en sombras de duelo y amarguísima tristeza. Cuando sale Jesucristo triunfante del sepulcro y de la muerte, palpita nuestro pecho de alegría y júbilo inefable; mas con todo, el Señor aun no ha subido al trono de su gloria; la puerta del Paraíso está cerrada; los Santos Padres todavía no suben al seno del Eterno. Todo esto tendrá su perfección y cumplimiento en la Ascensión gloriosa de Jesús, que se sienta á la diestra del Señor, y, por decirlo así, descansa entre sus brazos de la larga y penosísima jornada que hizo acá en el mundo por salvarnos. Entonces el gozo y la gloria de Jesús inundan en torrentes de ventura la patria celestial, y tienen los príncipes de Sión nuevo é inexplicable regocijo, al ver á su Señor sentado á la diestra del Eterno, radiante de gloria y majestad inmensas: Dios y Hombre, que empieza á restaurar sus ruinas con aquella egregia y esplendente multitud de patriarcas, profetas y almas santas que van tomando asiento en las mansiones de la casa del Señor, y que unen sus nuevas alabanzas á los cantos armoniosos con que aquellos príncipes sin cesar bendicen al Señor (1).

¡Oh tierna y generosa Madre á quien debemos tanto! ¿Qué más puedes hacer por nosotros todavía? Por cumplir la voluntad de Dios y alcanzar

(1) Matth., XVIII, 20.


la salud á los mortales, consentiste en ser la Madre de su Verbo; después, uniéndoo al querer del Padre, quisiste que tu Hijo padeciese los tormentos de la cruz; y cuando salió el Señor de las sombras del sepulcro, y gozabas su dulcísima presencia, consientes otra vez, y aun llegas á pedirle que huya de la tierra y se siente á la diestra de su Padre, y te deje sola y sin consuelo en este mundo, porque así conviene á nuestro bien. Mas ¿qué hemos dicho? ¿Tú sola y sin consuelo acá en la tierra? No, y mil veces no; que si tu Hijo te ha dejado entre nosotros, nosotros hemos quedado en su lugar; y ¿llegaremos acaso alguna vez á dejarte abandonada? Y tus hijos, ¿dejarán de consolarte con su amor y su cariño? Jamás sucederá tan triste desventura, tan torpe ingratitud: al asegurarlo contamos con tu auxilio. Te amaremos, Virgen Santa, todos los instantes de la vida; tu memoria jamás se borrará de nuestras almas; después de Jesucristo, Tú serás nuestro más tierno y soberano amor; los afectos, las dulces y abrasadas ansias, los suspiros que exhale nuestro pecho, serán por Ti: si descansamos, Tú cerrarás nuestros cansados párpados; y en la noche, Tú serás el celestial ensueño de ventura que Dios nos mande: si despertamos, luego el corazón y el pensamiento hacia Ti se volverán para rendirte gloria y alabanza, y será tu imagen la primera en que se fijen nuestros ojos al abrirse en la mañana; y, en fin, durante la jornada de la vida, jamás podremos olvidarte, tierna Madre; si trabajamos, lo hacemos por tu gloria; si descansamos, es bajo tu sombra; si vivimos, para Ti vivimos, y si morimos,

para Ti morimos; y por esto, ya vivamos ó muramos, somos, tierna Madre, para siempre tuyos, hijos de tu amor que jamás te olvidarán.

## CAPÍTULO XIX.

EL ESPÍRITU SANTO.—SU ESPOSA INMACULADA.

### § I.



OLVAMOS los ojos á la tierra. Hé aquí á la Santa Madre y á los discípulos del Señor retirados al Cenáculo, orando al Padre y al Divino Hijo por la venida del Consolador: sus ruegos son los mismos, y uno mismo es también el espíritu que los anima. así pasan orando uno y otro, y más días, hasta que es llegado el feliz momento en que desciende el Paráclito, por quien tanto suspiraban. Sublime y divina enseñanza, donde aprendemos la manera de rogar y obtener los celestiales dones. El Señor nos había dicho que donde estuvieren dos ó tres reunidos en su nombre, estaría Su Majestad en medio de ellos (1); y el Espíritu Divino pide entonces por nosotros con gemidos inexplicables. Y el que escudriña los corazones sabe lo que desea el espíritu; porque, se-

(1) Rom., VIII, 26-28.

gún Dios, pide por los santos; y sabemos además que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios (1). ¡Cuánta grandeza y excelencia! Orar con Dios; orar, si lícito es decirlo, con los labios de Dios mismo, y con las palabras que nos inspira. ¿Podremos, después de esto, temer que sean desatendidas nuestras peticiones?

Á la luz de la grandeza y excelencia de la oración descubrimos la bondad de Dios, que quiere ser rogado una y otra vez, verdaderamente importunado por nosotros. Pedid, buscad, llamad, y Dios quiere que seamos, como los apóstoles, perseverantes en la oración; y entretanto, el Espíritu de Dios no pasa por delante de nosotros, ni nos llena de pavor, como aquel de que hablaba Elifáz de Teman (2); mas está de asiento en nuestra compañía, llenándonos de paz y celestial consuelo.

Los apóstoles oraban, teniendo en medio de ellos á la Madre de Jesús, por cuyos ruegos sobre todos los demás fué atraído el Espíritu Divino: esa celestial paloma hacía violencia al corazón de su Divino Esposo, que lleno de amor y de ternura le había dicho: «Suene tu voz en mis oídos.»

¡Ah, cuán dichoso es el hombre que ruega bajo la sombra de María, y sabe interesarla por su causa! Dios despachará sus ruegos favorablemente: jamás el Hijo puede confundir el rostro de su Madre: Su Majestad la dice, como Salomón á Betsabé:

(1) D. Bonav., Medit. 98. D. Bernard., Serm. II. De Ascensu

(2) Job. IV, 14, 15.